

## Los Muertos Abandonados

# HALLAZGO de 13 CADÁVERES en las LOMAS PINAREÑAS

### MAS CEMENTERIOS PARTICULARES

**L**OS trece cadáveres cuyo hallazgo se narra en estas páginas no son sino una parte, muy reducida, de los que han ido apareciendo en distintos lugares de la república. Todos los sicarios del régimen tenían, lo mismo en Oriente que en Las Villas o en Occidente, sus cementerios particulares; lugares en los que enterraban o simplemente, arrojaban a sus víctimas, privando a sus familiares hasta del triste consuelo de darles cristiana sepultura, de ponerles unas flores, de rezarles una oración.

Con los últimos partes recibidos en La Habana, en los que se relatan esos macabros hallazgos, componemos esta lista que irá aumentando día a día:

En unos mogotes situados cerca de Consolación del Norte fueron hallados ocho cadáveres.

—En otra finca, cercana a San Cristóbal, apareció el cuerpo del doctor Isidro de Armas, médico de San Juan y Martínez conjuntamente con el del joven Ceferino Fernández, natural de Pinar del Río.

—El juez municipal de Niquero reportó a la Audiencia santiaguera que en el patio del Cuartel de la Guardia Rural se exhumaron los restos de once revolucionarios todos jóvenes, asesinados en ese lugar. Y el juez da a continuación los nombres de nueve de esos mártires que incorporamos a la lista de honor de la Revolución, son ellos: Santiago Álvarez Cutino, José Delgado, Pedro Medina, Blas Medina, Antonio Terga, Miguel León, Marcelo Guerra, Miguel Ángel Pérez Espronceda y Miguel Pérez Espronceda.

—En la capitania revolucionaria de San Cristóbal nos entregan una lista incompleta en que aparecen: Eliseo Camaño Álvarez, Fernando Portilla Gomis, Giraldo Valdés Mendoza, Leopoldo Troche Rodríguez, Alfredo Núñez Valdés, Isidro Barredo Díaz, Mario González Rojas, Pedro Camejo Peña, Francisco Pérez Germán, Leopoldo Contino Martínez, José Ángel Valdés Leiva, Ramón Mordoche Miranda y tres individuos no identificados que fueron inhumados en el cementerio local.

—Desde Manzanillo se reportó que al tomar las fuerzas revolucionarias los cuarteles del régimen, se encontraron en el patio del Servicio de Carreteras veinticinco cadáveres; sesenta y siete en el patio del cuartel Estrada Palma y ochenta en el de Yara. Esos fúnebres hallazgos hacen ascender a ¡ciento setenta y dos! los muertos encontrados, hasta ahora, en los cuarteles cuya existencia era una deshonra en la tierra heroica de Merchán y de Masó.

UN REPORTAJE DE

ROLANDO C. BRUNET

Fotos de Andrés López y Venancio Díaz.

**E**N la loma "El Toro", allá por Los Palacios, en la provincia pinareña residen numerosos campesinos que a fuerza de trabajo han sembrado un pedazo de tierra en las laderas de las lomas para sacar de allí un poco de maíza, maíz y otros frutos menores.

Durante los días de la dictadura, estos campesinos estaban acostumbrados a ver pasar, de vez en cuando, grupos de soldados del régimen que recorrían la zona en busca de los jóvenes pinareños que se habían ido a las lomas para vivir con un poco de libertad y para hostigar continuamente a las fuerzas de Batista.

Estaban acostumbrados, también, a escuchar disparos en la soledad de la noche o en las tranquilas horas de la tarde; disparos que sabían que no se producían en combates, sino que esas balas iban a

alojarse en los cuerpos de prisioneros indefensos que eran asesinados en cualquier vuelta del camino.

Una mañana, hace de esto unos tres meses, los vecinos de la loma "El Toro" vieron pasar a un grupo, perteneciente a uno de los pelotones que por allí mantenía el comandante Menocal. Al poco tiempo escucharon unos tiros y sintieron el paso de la tropa. Pero nadie se asomó a las puertas o ventanas; nadie sabía si regresaban los mismos que habían ido, o si alguno había quedado más arriba, víctima de la balacera escuchada.

Ya en aquellos tiempos se estaba sintiendo en la loma la escasez de alimentos y ello motivó que de uno de los bohíos saliese una mujer que tomó resuelta el trillo que conducía al faldeo. Era una madre cuyos hijos lloraban de hambre y a la que no le importaba, en aquel momento, nada en el mundo que no



Por los pedregosos senderos de las lomas va ascendiendo el grupo de milicianos. Van a realizar una misión humana, la de rescatar los cadáveres que los asesinos del régimen dejaron abandonados a la intemperie y a la voracidad de las auras. En ese recorrido hallarían tres pudrideros distintos y trece cadáveres.

Irreconocibles, putrefactos, destrozados, los restos de cuatro personas que fueron hallados en una fúrnica en las lomas pinareñas próximas a Los Palacios. Eran los restos de hombres que habían sido sacados de sus casas por los sicarios de Menocal para ser asesinados en la sierra. Muchos fueron torturados antes de morir.



fuera el satisfacer el apetito de sus hijos

Poco había caminado cuando se encontró un soldado, rifle en mano. El militar apuntó a la mujer con el arma y preguntó en tono autoritario:

—¿Adónde va?

bohío donde sus hijos continuaron pasando hambre.

★

Poco tiempo después, y no muy lejos de allí, el señor Joaquín González, de la finca "Baldají", tuvo una dolorosa experiencia. Había salido esa mañana a recorrer sus tie-



Eladio Alles, elemento revolucionario nombrado alcalde provisional de Los Palacios, se cubre parte del rostro con un pañuelo para poder soportar algo el mal olor que despiden los restos hallados en el Purgatorio y en Salto del Venado. Envueltos en sacos de yute los restos fueron izados desde el fondo de las furnias para después ser trasladados a Los Palacios.

—Bajo en busca de comida para mis hijos.

—Pues no puede seguir.

—Pero es que tengo que hacerlo. Mis hijos...

—No me importan sus hijos ni me importa nada. Vire pa'trás que le conviene. De lo contrario va a ir a reunirse con unos muertecitos que tenemos por ahí cerca... Hace falta una mujer pa' completar el grupo. Y creyendo haber hecho un chiste echó una risotada que resonó en la soledad de aquellas alturas, como el aullido de un lobo.

Y a la pobre mujer no le quedó más remedio que regresar al

Martin González tenía dieciocho años y su único delito era tener un hermano rebelde en las lomas. Los asesinos se lo llevaron de su casa y ahora —meses después— se halló su cuerpo putrefacto. Durante el acto de darle sepultura, su doliente madre, Josefa Márquez, tiene que ser sacada del cementerio por manos amigas.



Ya en Los Palacios todo el pueblo acude al sepelio de las cuatro víctimas identificadas como vecinos del lugar. Juntos habían sido asesinados y juntos se les llevó al camposanto. Después, dos en cada ataúd, se les depositó en la misma bóveda que momentos más tarde quedaba cubierta de flores.

rras, cuando observó un grupo de cerdos que estaban hozando en un lugar. Se acercó y se estremeció de horror; los animales habían descubierto unos cadáveres y uno de ellos hociqueaba en el sitio donde aparecía un pie humano.

El hombre espantó a los animales y cubrió como pudo, los restos con hierbas y pencas de guano.

Pero ni la mujer de que hablamos ni el señor González pudieron dar cuenta de lo que sabían. En una época como esa ¿a quién iban a decirselo? ¿Acaso a la Rural? ¿Cómo, si eran ellos los principales culpables? Lo más que hicieron fue comentarlo en voz muy baja con gente de su familia, con elementos que sabían no iban a denunciarlos.

Por otra parte, en Los Palacios en Candelaria, en San Cristóbal y en otros lugares de la zona había casas de familia en las que reinaba la desesperación toda vez que de ellas habían desaparecido hacia días o semanas, alguno de los suyos de los que nada se había sabido.

Y hubo casas de esas a las que llegó un mensaje desolador. Se les indicaba que podían velar a fulano o zutano porque se tenía la seguridad de que estaban muertos. Y así se hizo, llevándose a cabo una costumbre que es tradicional en nuestros campos. Expliquémoslo para aquéllos que desconocen ese aspecto de la vida de nuestros guajiros.

En muchas ocasiones, dolorosas ocasiones, cuando muere alguien al cruzar un río y su cadáver es llevado por las aguas, o perece







En el depósito del cementerio de Los Palacios hay seis modestos ataúdes de toscas tablas de pino. En ellos hay ocho cadáveres pues en dos de los sarcófagos se guardan dos cuerpos en lugar de uno. Son las ocho víctimas que aún permanecían sin identificar. Manos piadosas han encendido un cirio por el eterno descanso de estos ocho cubanos, víctimas del batistato.

en el mar sin que se recupere el cuerpo, sus deudos no pueden ni enterrarlo. En casos como esos u otros semejantes, los familiares los velan en "ausencia"; esto es encienden las velas, ponen coronas y flores; todo está presente menos el cadáver.

Y así se hizo, en más de una casa de Los Palacios donde, afortunadamente para los vecinos, el jefe del puesto era un hombre que tenía las manos limpias de todo crimen.

\*

Pero terminó el año 1958 y con él se concluyó la dictadura de Batista. Los habitantes de esas zonas pinareñas pudieron respirar en paz. Ya el día 2 se conocía, con toda seguridad, la noticia de la muerte en Dayaniguan, del comandante Menocal que ensangrentara aquella zona, donde cometió con sus hombres cientos de asesinatos.

Y entonces comenzaron a filtrarse las noticias de la existencia, en distintos lugares de la cordillera, de verdaderos cementerios particulares en los que el crimen vestido de kaki había dejado abandonados a las auras y a los cerdos, los cadáveres de muchas de sus víctimas.

Guajiros de la zona bajaron a Los Palacios y confiaron al actual jefe del puesto, el teniente de las milicias Gilberto Pulido que en las cercanías de sus domicilios, había

muertos abandonados por los pelotones de Menocal, muertos que no habían sido siquiera enterrados, sino que se les había echado en furnias o cuevas, en cualquier lugar

que sirviera como escondite temporal ya que los asesinos no podían ignorar que, tarde o temprano aquellos cadáveres tenían que aparecer.

De inmediato, tanto el teniente Pulido, como el revolucionario Eladio Alles Collazo, nombrado alcalde provisional de Los Palacios dispusieron lo pertinente para ascender a las lomas a rescatar aquellos cadáveres que se les informaba estaban en distintos lugares de la cordillera.

Fue preciso utilizar los jeeps y más tarde abandonarlos para ascender, a pie o a lomo de mula, por los serpenteantes senderos que iban loma arriba hacia las verdes cimas.

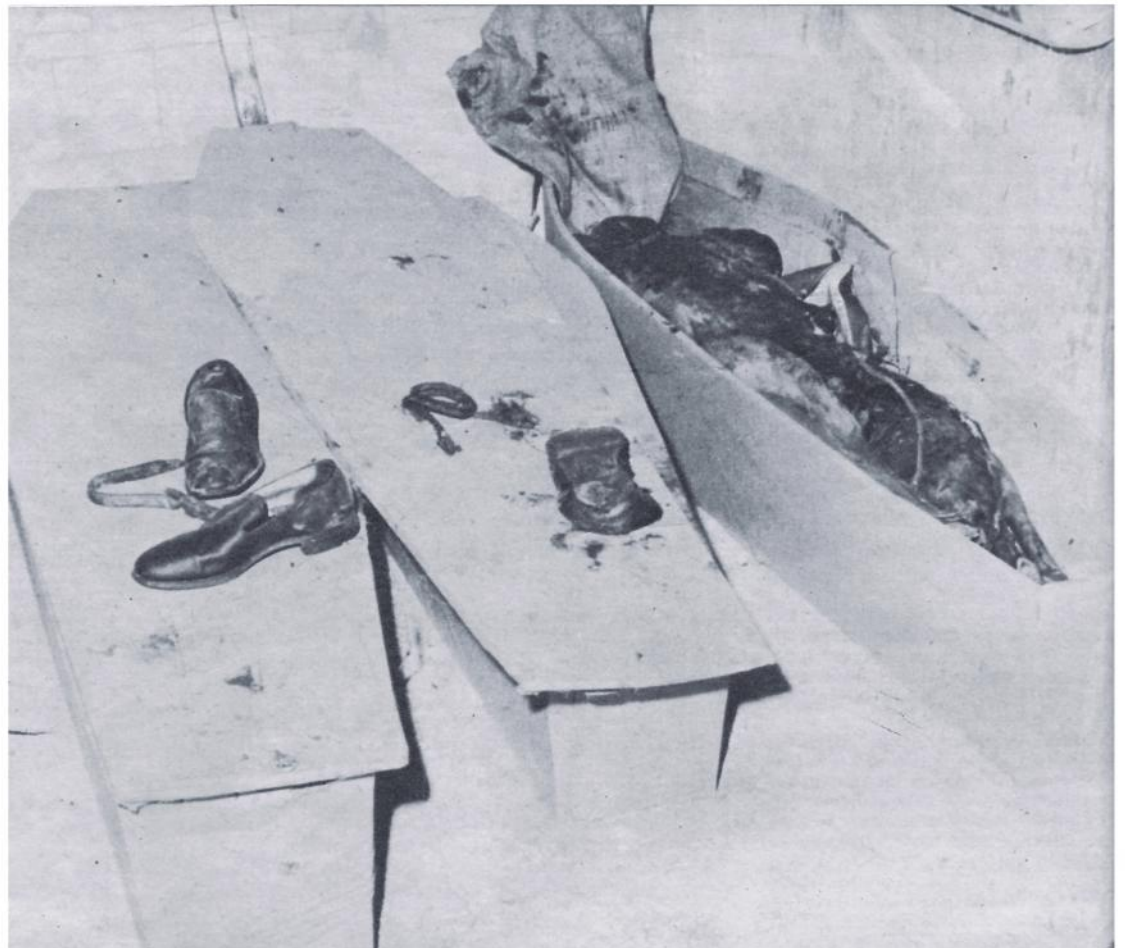
Después de mucho caminar se encontraron con el primer depósito de cadáveres. Fue en una furnia, en el lugar conocido por "Salto del Venado". En el fondo de esa cueva, de unos quince metros de profundidad, había cuatro cadáveres ya en avanzado estado de putrefacción. Los cuatro tenían las manos atadas y podía notarse que se les había colocado una venda sobre los ojos.

Con cien dificultades, utilizando sogas se pudo extraer esos cadáveres que se dejaron a la orilla del camino, envueltos en toscos sacos de yute, para seguir la búsqueda de otros que se decía había por las cercanías, en la loma "El Toro".

Y efectivamente, el soldado que detuviera a la madre guajira en la ocasión de que habláramos antes, no mentía. Allí, cerca del domicilio de la infeliz mujer, en el lugar conocido por el "Purgatorio" aparecieron también en estado de putrefacción, otros cuatro cadáveres que fueron a unirse a los que habían sido extraídos de la furnia en el "Salto del Venado".

Faltaba ir a la finca Baldajil, donde Joaquín González viera a un grupo de cerdos hozando en la tierra para poner al descubierto los

(Continúa en la Pág. 134)



A petición del reportero, el encargado de la morgue alza una de las tapas. El cuerpo que contiene el tosco cajón de pino es una masa de carne putrefacta. ¡Aquello había sido un hombre, sano, fuerte; un hombre que reía, comía, bebía! Ahora era sólo un montón de despojos en cuya tumba no podría siquiera ponerse un nombre.